

Reseña del libro: Ignacio González-Varas (2023), *El culto a la memoria. Ética y estética*

Andrés Martínez-Medina

Universidad de Alicante, España

andresm.medina@ua.es

<https://orcid.org/0000-0002-5309-9310>

Citación: Martínez-Medina, A. (2004). Reseña del libro: Ignacio González-Varas (2023), *El culto a la memoria. Ética y estética*.

[i2] *Investigación e Innovación en Arquitectura y Territorio*, 12(2), 151-153. <https://doi.org/10.14198/i2.27822>

Fecha de recepción: 21/06/2024

Fecha de aceptación: 12/07/2024

Financiación: este trabajo no ha recibido financiación.

Conflicto de intereses: el autor declara que no hay conflicto de intereses.



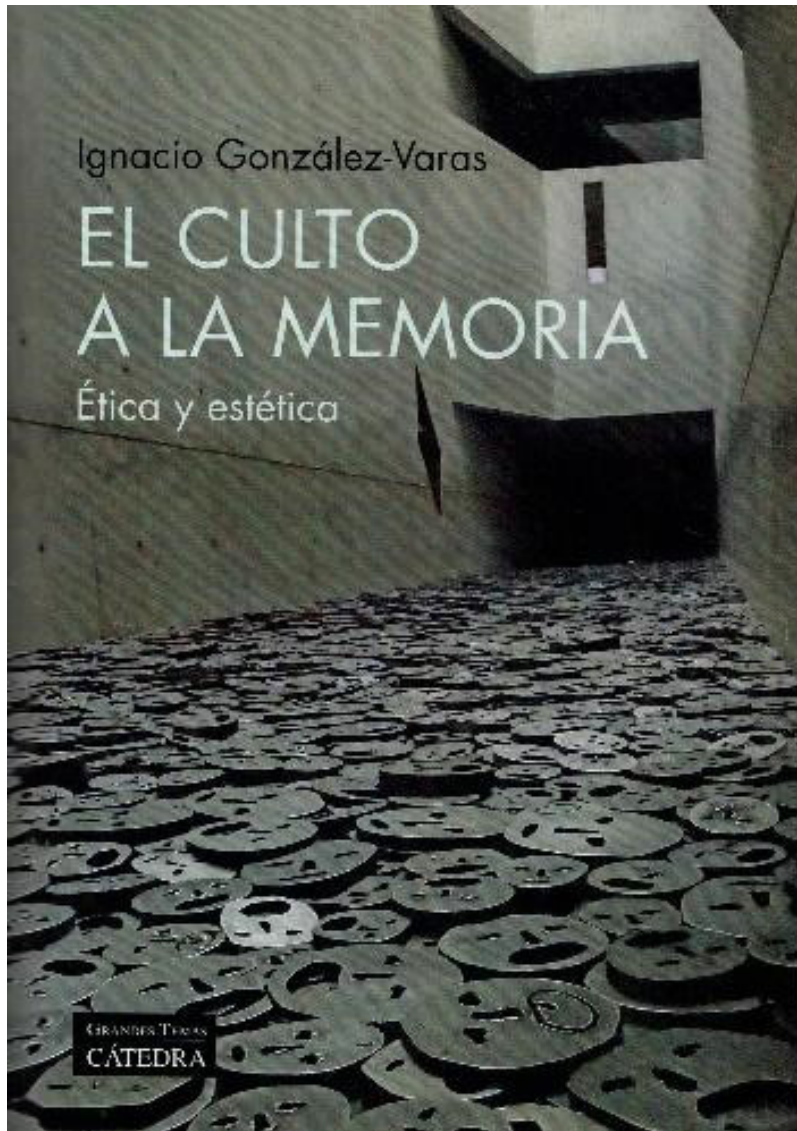
Licencia: este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

© 2024 Andrés Martínez-Medina

Ficha bibliográfica

Autor: Ignacio González-Varas
Título del libro: El culto a la memoria. Ética y estética
Editorial: Cátedra
Año: 2023
Ciudad: Madrid
Número de páginas: 334
ISBN: 978-84-376-4669-5

Palabras clave: monumentos; memoria; memoriales, culto.



El culto a la memoria. Ética y estética es un libro necesario que nos sitúa en medio de un debate candente: las relaciones entre historia y memoria, y el rol que han jugado en ambas los monumentos intencionados, por referir a Riegl. La diferencia que media entre los hechos pasados y los que recordamos ha sido tratada por diversos intelectuales a lo largo del pasado siglo. Sin embargo, desde finales del mismo, la cuestión se ha vuelto viral, quizás por lo mediático de la ingente cantidad de memoriales que se inauguran en homenaje a víctimas inocentes, pretéritas o recientes, inundando páginas de revistas y webs profesionales, pero también los *mass media* y las redes sociales. Todo monumento de este tipo ensalza, pero también puede ofender. Su misión es fijar una memoria colectiva, aunque, a veces, sea mejor olvidar individualmente.

El libro efectúa un recorrido histórico por los tres tipos de memoria: las tradicionales, las modernas y las posmodernas. De las tradicionales, el relato épico es propio de la vanidad de la memoria que desfila por los manuales de la historia del arte: héroes y próceres, en pedestales, tumbas y pinturas, dejan constancia de quienes han ostentado el poder: el destino de los pueblos en manos de unos pocos, elegidos por los dioses o sancionados por las religiones. Esta primera parte, sintética, pronto nos sitúa a mitad del siglo XIX, el de la historia, la nación y los monumentos, momento a partir del cual acontecería una profunda transformación que cambió la memoria retratada a través de individuos en un tránsito hacia otra más colectiva, laica y nacional. Se abrían paso las memorias modernas que, como antaño, fue protagonizada por las guerras, ahora con unas magnitudes que lo cambiaron todo, incluso el modo de registrar la memoria de vencedores y vencidos, todos perdedores. Los cientos de miles de soldados caídos en cualquiera de los frentes de las dos guerras mundiales eclipsaron al mejor de los mandatarios de cualquier bando. Europa se convirtió, tras los conflictos, en el mayor territorio colonizado por cementerios donde reunir a estos héroes, muchas veces anónimos, que dieron su vida por unos ideales siguiendo órdenes: una exaltación de los valores bélicos que los regímenes fascistas de todo tipo ensalzaron con una estética de grandes gestos algo caducos frente al arte de sus tiempos.

Del primer monumento al soldado desconocido a los cementerios de los aliados transcurrió la centuria que cambió nuestros sistemas de gobierno, desde las oligarquías burguesas, pasando por dictaduras de todo signo hasta alcanzar los regímenes democráticos del siglo XXI. Los monumentos bajaron del pedestal para posarse a ras de tierra, y de estos héroes, y de las propias guerras, se valieron todos los poderes para esculpir nuevas memorias que involucraron a más personas, quizás porque la historia no la escriben unos pocos, sino las multitudes. Unas memorias —monumentos— que no solo lo fueron a quienes combatieron en primera línea, sino que se extendieron a las víctimas colaterales de estos conflictos mundiales: las exterminadas en los campos de concentración y los civiles muertos por los bombardeos engrosaron las cifras de pérdidas humanas sin sentido. Y un modo de homenajearlos fue situar algunos de estos nuevos monumentos en los propios lugares de las masacres: los campos de batalla se convirtieron en cementerios y los campos de concentración en museos. No deja de ser significativo que si el primer monumento humano fue una tumba, sea ahora una agrupación de tumbas, o su alegoría, la que esculpa de nuevo la memoria: una memoria para los vivos que se levanta sobre sus propios muertos.

El libro, además de ser un exhaustivo escaparate de una labor de investigación de más de dos décadas, permite lecturas cruzadas navegando entre sus distintos capítulos, razón que lo dota de mayor utilidad al crear compartimentos fluidos y comunicados.